

Jonathan Crary: *Tierra quemada: hacia un mundo poscapitalista*. Barcelona: Ariel, 2022, 176 págs.

La crisis ecológica y el desgaste irreversible de un planeta progresivamente incapaz de sostener el ritmo de vida que impone el capitalismo son algunos de los temas que más discusión y debate han generado en los últimos años en el marco de los estudios de corte marxiano. Habiendo relativo consenso respecto al hecho de que el capitalismo requiere de un biocidio a escala planetaria para existir, las posturas decrecentistas han ido recibiendo una atención gradual, a su vez gracias al popular trabajo de autores como, por ejemplo, Andreas Malm o Kohei Saito. Pero quizás una de las preguntas que hasta ahora no se han situado en el foco del debate sea, ¿a cuántos avances tecnológicos deberemos renunciar en un futuro poscapitalista o ecosocialista, donde se garantice el metabolismo social entre ser humano y naturaleza, así como la sostenibilidad real de la Tierra? Esta es la pregunta clave que Jonathan Crary plantea en *Tierra quemada: hacia un mundo poscapitalista*, donde mantiene que “la idea de que internet podría funcionar de manera independiente de las catastróficas operaciones del capitalismo global es una de las falacias más pasmosas de este momento” (13). Internet está hecho a imagen y semejanza del sistema económico bajo el cual fue creado, y sus partes y funcionamiento “son concreciones de los procesos cuantificables del capitalismo financiarizado” (14). Renunciar a él es menester si se quiere imaginar un horizonte poscapitalista.

Sin pretensiones de realizar un trabajo académico inquisitivo, sino más bien un ensayo adscrito al panfletismo social (11), Crary persigue hacer un diagnóstico de las experiencias vitales empobrecidas de la población usuaria del “complejo de internet”, así como de la lógica extractivista profundamente agresiva con el planeta necesaria para mantener las infraestructuras sobre las que se erige la industria digital. El autor se posiciona en contra de la idea generalizada de que internet es un espacio democrático y abierto para todos, que al universalizar el acceso al contenido mediático, introduce condiciones de igualdad para la ciudadanía global: esta idea de neutralidad es diametralmente falsa, pues “las numerosas mistificaciones de las tecnologías de la información ocultan, todas ellas, su naturaleza inherente a las estrategias de agitación de un sistema global en estado de crisis terminal” (17).

Dividido en tres capítulos, el primero de ellos se centra en retratar en primer plano los fenómenos y dinámicas destructivas que constituyen la “cara oculta” de Internet y que pasan desapercibidas bajo su aparente inocuidad. Lejos de suponer un avance en derechos, la digitalización y las telecomunicaciones abrieron la veda a

la flexibilidad horaria y la permanente disponibilidad, reconfigurando los espacios de trabajo y consumo, haciendo que ambos pudieran darse en cualquier parte, en cualquier momento. Asimismo, la expansión de la red virtual y la posibilidad de difundir información rápida y eficazmente no supuso una ventaja para las movilizaciones ni para las organizaciones de masas, sino que la imposición de sus ritmos frenéticos y la exigencia de resultados en el corto plazo propios de internet sirvió de cortafuegos para limitar la generación de movimientos insurgentes de resistencia que requerían un compromiso duradero y el contacto cara a cara (22). Crary es inflexible con respecto a la posibilidad de que surjan formas de organización basadas en la socialización virtual característica de Internet: “no hay sujetos revolucionarios en las redes sociales” (25).

En este capítulo presenta lo que él llama el “complejo de internet”, un concepto que refiere al portal de datos y consumo que todos conocemos, pero sobre todo a la ingente red de conexiones, redes e intercambios que sostienen dicho portal y que responde a las exigencias del sistema económico capitalista. Precisamente porque el telos del complejo de internet es el mismo que el del capitalismo –esto es, reproducir el circuito del capital– resulta descabellado intentar convertir el aparato en una herramienta útil para la acción política revolucionaria: “es imposible que ningún análisis dialéctico consiga presentarlo como un espacio o un conjunto de herramientas para la lucha de clases” (36).

La cuestión medioambiental es otra de las grandes protagonistas de esta obra, en la medida en que trae a la luz la destrucción de la biosfera y las condiciones de habitabilidad que el capitalismo está arrasando a pasos agigantados, pues “la posibilidad misma de que exista una ‘era digital’ requiere de la expansión de estas destructivas prácticas industriales hasta extremos de sometimiento mundial” (42). Los motivos para rechazar la era digital en su conjunto no se limitan a la alienación, atomización o negatividad social que producen, sino que resulta, ecológicamente hablando, inviable sin la aniquilación de cientos de hábitats, tierras, aguas, fauna y flora a lo largo de todo el globo. Crary mantiene que, aproximadamente desde la revolución microelectrónica, nos encontramos en un capitalismo en fase de “tierra quemada”, cuya feroz capacidad destructiva está haciendo que todos los entornos sobre los que pasa se vuelvan inhóspitos e incapaces de albergar vida.

El segundo capítulo se aborda la relación entre tecnología y capitalismo, en particular cómo la interdependencia entre ambas es indefectible en la medida en que el sector tecnológico supone el nicho de mayor extracción de valor a día de hoy,

especialmente dado el hecho de ya se han abandonado del todo tanto las expectativas de lograr un futuro próspero como las limitaciones a la hora de arrasar los recursos naturales necesarios para la producción industrial. “Uno de los indicadores del estado terminal del capitalismo es la ausencia de cualquier promesa sustancial o creíble de un futuro mejor” (77), por lo que no hay problema en dinamitar, directamente, la posibilidad de cualquier tipo de futuro.

Una idea interesante que Crary esboza tiene que ver contra la creencia de un absoluto e inexpugnable panoptismo digital de la vigilancia, basado en el control de las redes 5G, las inteligencias artificiales, el internet de las cosas (IdC) y demás tecnologías orientadas hacia el control social. Frente a esto, el autor apunta que, en realidad, no es posible alcanzar esta perfecta vigilancia en condiciones capitalistas: “la lógica capitalista que dicta la constante disrupción por medio de la obsolescencia programada, la complejidad técnica en progresión continua, el recorte de gastos y la apresurada introducción de actualizaciones innecesarias entran en conflicto con la estabilidad imprescindible para el eficaz funcionamiento del control autoritario” (83). Crary no es ingenuo respecto a la capacidad de vigilancia y rastreo de las telecomunicaciones, pero sí apunta que los enfoques más alarmistas fallan al ponderar los diferentes intereses que median en dicho proceso, así como producen ideas catastrofistas sobre un futuro distópico marcado por la imposibilidad para organizarse o plantear resistencias a dichas fuerzas –algo que, en último término, conduce a la parálisis y la inacción–. El valor de esta afirmación no radica tanto en su propuesta práctica –que ni siquiera llega a esbozarse–, sino en el hecho de que, en un sistema aparentemente total, hay hiatos aprovechables que indican que no todo está perdido y que la lucha es posible.

Finalmente, el tercer y último capítulo se centra en “todo aquello que hace posible y que sustenta un mundo de la vida intersubjetivo: la voz, el rostro y la mirada” (120). Con un tono más ecléctico y melancólico que se apoya en cuestiones fenomenológicas relativas a la intersubjetividad trascendental, Crary pone en valor las interacciones humanas basadas en la cercanía, la intimidad y el encuentro físico, a su juicio mermadas y empobrecidas en la era digital. Mantiene que “estamos perdiendo la posibilidad de escuchar; de enfrentarnos, con paciencia, a un desconocido, a alguien desamparado, a alguien que no ofrece nada para nuestro propio interés” (150). Pero que el contacto cara a cara o el encuentro fortuito con un otro no estén mediados algorítmicamente, no significa que no estén mediados en absoluto. Si bien entendemos que su reivindicación se sostiene sobre el rechazo radical

a las formas de socialización y contacto virtuales, no por ello son, a nuestro juicio, instancias inherentemente sanas y auténticas que nos pongan en contacto con una dimensión antropológica perdida. La racionalidad instrumental, la utilidad y la competencia, así como la mediación del valor, operan también fuera de la pantalla. Si el autor pone en valor este tipo de contacto es porque nunca puede ser del todo medible ni previsible: en él siempre queda un sustrato de inmediatez e imprevisibilidad que, a su juicio, no puede ser fagocitado por los ritmos y protocolos del mundo virtual. Esta progresiva desaparición de la interacción espontánea humana sería sintomática de una pérdida más grave: “la neutralización de la simpatía y la pérdida de un sentido de la responsabilidad reflejan una desintegración más amplia del andamiaje moral de la vida cotidiana. Junto con todas las herramientas para el reconocimiento facial, vocal y emocional, nuestra propia capacidad de identificación de lo humano empieza a fallar” (153).

El ensayo recoge ideas interesantes y bien defendidas, apoyándose en numerosos autores, dando lugar a una obra con tesis claras y sugerentes. Sin embargo, el carácter panfletario del propio libro impide que se indague en un tema en particular, dando la sensación de que, efectivamente, se señalan muchas problemáticas, pero no se profundiza en ninguna.

En ningún momento se deja relucir la posibilidad de hacer un uso revolucionario de la digitalidad y la tecnología. El autor se posiciona explícitamente en contra de estas ideas, por considerar que la temporalidad, los ritmos, la configuración algorítmica y la dependencia de la máquina boicotean toda posibilidad de luchar contra el capital haciendo uso de algunas de sus herramientas, como en este caso, Internet. En este sentido, habría sido interesante plantear algunas posturas diferentes, al menos para apuntar sus debilidades o contradicciones internas. Se nos viene a la mente el trabajo llevado a cabo por el Colectivo 406, o el movimiento FOSS, que lleva a cabo labores de hackeo y ciberseguridad para empoderar al proletariado con respecto a las tecnologías de la información y comunicación. Proponen la construcción de un frente digital para plantar cara al capital, ya que este frente es uno de los lugares donde el capitalismo encuentra menos resistencias. A nuestro juicio, habría sido interesante, al menos, esbozar estas propuestas para mostrar un debate que se encuentra lejos de estar resuelto.

Finalmente, a veces da la sensación de que Crary pone todo el peso de la integración social en internet y sus mecanismos. Sin llegar a mantener posturas neoluditas explícitas, es cierto que en ocasiones se atisba la idea de que el autor atribuye

al complejo de internet toda la lesividad del capitalismo neoliberal. En esta línea, se respira cierta fe en que el fin de las telecomunicaciones e internet supondría el fin de la negatividad y atomización social. No son pocas las ocasiones en las que explicita que internet y capital son codependientes, pero en ocasiones, parece confundir el orden de prioridades y de dependencia a la hora de plantear una salida a esta situación terminal. En lugar de plantear el fin del sistema económico capitalista, del cual se seguiría necesariamente el fin del complejo de Internet, Crary parece sugerir un orden inverso: lo prioritario sería la desintegración del complejo de internet y de la digitalidad, que abriría modelos de sociabilidad y comunidad capaces de generar formas de organización con potencialidad para plantar cara al orden socioeconómico del capital. Pero esta postura tiene importantes fugas y peca de idealizar un capitalismo predigital que, si bien no contaba con los avanzados mecanismos de internet, en absoluto puede considerarse libre de una enorme capacidad de integración a nivel social.

Con todo, la mayor virtud de este ensayo reside en la forma en que rechaza considerar internet y la sociedad digital como dados e inevitables, desnaturalizando su existencia y planteando un horizonte poscapitalista liberado de las nefastas consecuencias a nivel social y ecológico originadas en el complejo de internet.

Zoe Pereira González

zpereira@ucm.es